

LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ

14/9/2014
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

Queridos hermanos,

Somos hombres que andamos preocupados cada uno de nosotros por nuestras cosas. Esas cosas nos ocupan la cabeza, ocupan nuestro corazón y nuestro tiempo, y son también objeto de nuestro trabajo y de nuestro esfuerzo. En esas ocupaciones y preocupaciones nos encuentra a cada uno la liturgia de hoy.

Y es como si la liturgia nos tomase del brazo y nos forzase a poner la atención en otra cosa diversa. Nos toma del brazo y nos introduce en la fiesta de la Exaltación de la Cruz. Si lo pensamos bien, veremos que es algo extraño, extraño al menos en apariencia, porque se nos habla de la Cruz de Cristo, es decir, dolor, sufrimiento, humillación, soledad, abandono y oscuridad, que son las cosas que experimentó Cristo en la Cruz. Y la liturgia hace de ello motivo de alegría y de orgullo. Por eso se llama “exaltación de la cruz”. Este doble movimiento de humillación y de exaltación queda bien reflejado en la segunda lectura: Cristo, a pesar de su condición divina, se humilló... hasta la muerte de cruz; por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el nombre sobre todo nombre.

Adentrémonos en esta aparente contradicción de exaltar la cruz. ¿Por qué hacer de la cruz un motivo de gloria? La Iglesia durante siglos, al exaltar la cruz, no hace sino lo que ya manifestó san Pablo: **“Yo no tengo otro motivo de gloria, si no es la cruz de mi Señor Jesucristo”**. Y podemos preguntarnos: ¿qué encontró san Pablo en la cruz de Cristo para decir que él no tenía otro motivo de gloria? ¡San Pablo! ¡Que era un hombre cuya cabeza y cuyo corazón estaban bien ocupados! ¡Un hombre resolutivo, que se afanaba conforme a lo que tenía en la cabeza y en el corazón! ¡Un hombre de acción! San Pablo caminaba por el mundo ocupado y con paso firme y, de repente, fue llamado bruscamente por Jesús y sus ojos se quedaron fijos en la cruz de Cristo.

Y allí, al contemplar la cruz, san Pablo encontró algo tan grande, algo de tanto valor, que pudo llegar a decir: **“Yo no he de gloriarme sino en la cruz de mi Señor, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo”**. ¿Qué encontró allí? ¿Qué vio en la cruz que le anunciaron los discípulos, puesto que él no fue testigo presencial de lo que ocurrió en el Gólgota?

— Encontró el amor. Encontró el amor en su más alta expresión, el amor perfecto y eterno, el amor inmortal, el amor divino y humano, el amor que perdona, que salva, que redime, el amor que ensalza al que es amado hasta el cielo. ¡Eso encontró! ¡Ése es el contenido de la fiesta de hoy! ¡Por ese amor viviente exaltamos la Cruz! Donde ese amor llegó al extremo y donde se nos dio a conocer.

También a nosotros la liturgia de hoy nos toma del brazo y nos pone ante Cristo crucificado, **“escandalo para los judíos, necedad para el mundo, pero para nosotros los llamados, fuerza de Dios y sabiduría de Dios”**. Decía Jesús en el Evangelio, haciendo alusión al pasaje que hemos leído en la primera lectura: **«Así como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el hijo del hombre, para que todo el que crea en él, tenga vida eterna»**.

Nosotros somos como los judíos que andaban por el desierto. Ellos iban en camino, sabían que iban hacia la tierra prometida pero se sentían en realidad perdidos, les parecía que aquella tierra estaba demasiado lejos. Sentían que el peso de la tentación y del pecado era superior a sus fuerzas, que acabaría con ellos. A nosotros nos pasa lo mismo. Moisés levantó, por orden de Dios, aquella serpiente de bronce que era un símbolo que anticipaba la realidad de Cristo crucificado para que los judíos, al mirarla, fuesen curados.

Cuando san Pablo miró no el símbolo, sino la realidad, y la miró no con los ojos de la carne — porque como hemos dicho él no estuvo en el Gólgota—, sino con los ojos de la fe, quedó curado de su vida errada y de su ir esforzándose en vano. Descubrió el amor verdadero y entonces todo cobró sentido: **«todo lo que era para mí ganancia, lo he considerado pérdida, a causa de Cristo. Es más considero que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por quién perdí todas las cosas y las considero como basura con tal de ganar a Cristo y vivir en él ... Y conocerle a él, y la fuerza de su resurrección. Y participar de sus padecimientos, hasta hacerme semejante a él en su muerte, con la esperanza de alcanzar la resurrección de entre los muertos»**. Así habla san Pablo. Así habla un hombre enamorado, uno que ha encontrado el amor verdadero y eterno.

San Pablo no dejó de pensar y de afanarse por las cosas. El amor de Cristo no le dejó obnubilado, no le dejó con la cabeza llena de pajaritos, inactivo e inútil. Al contrario, sus afanes y sus luchas se incrementaron, pero ahora teniendo como sostén y como meta algo bien definido y seguro: el amor de Cristo, manifestado en su cruz. **«Mientras vivo en esta vida mortal, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí»**.

Retomemos, para finalizar, el Evangelio: **«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna»** Y os pregunto: ¿qué es la vida eterna? No es simplemente una vida sin fin, sino la vida de Dios. Esto es: el amor, porque Dios es amor y la vida de Dios es el amor en acto, el amor siempre presente, siempre actual, siempre perfecto.

Sigue el Evangelio: **«Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él»**.

Oh Dios, fuente del amor verdadero, danos los ojos y la luz de la fe, para contemplar en la cruz de tu Hijo el amor de quién se ha entregado por nosotros y nos llama a él. Danos la luz de la fe para saber comprender la única verdad que salva nuestra vida. Danos la inteligencia de la fe para ordenar todas las cosas a este amor. Danos el fuego de la fe que encienda en nosotros el deseo responder al amor de tu Hijo crucificado.

A él la gloria por los siglos.

p. Enrique Santayana C.O.